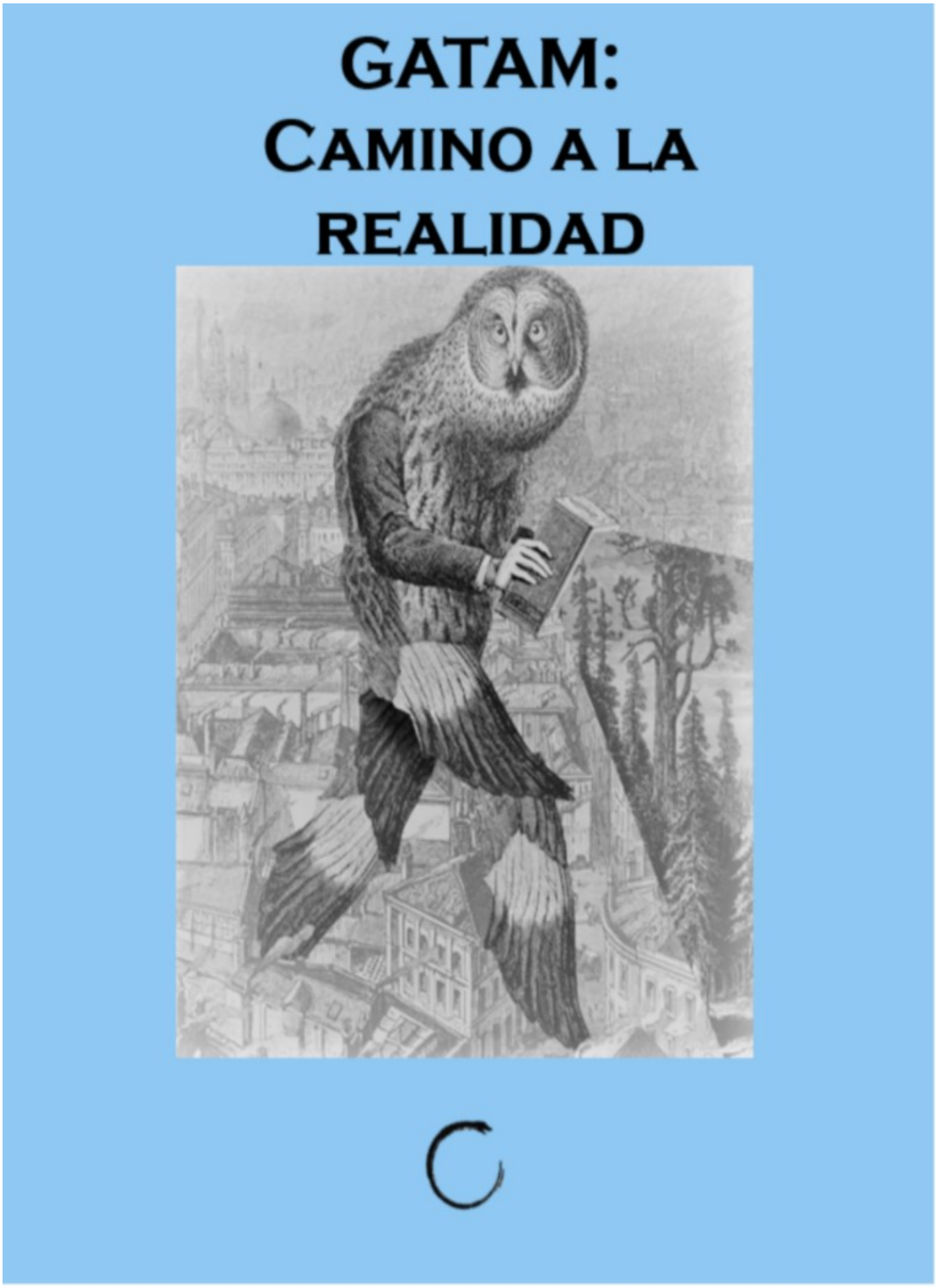
GATAM II: EL VUELO

Sebastián Oyarzún Arancibia



Capítulo 1

I.- El reino de los brujos.

Lucas Garmendia detectó la peor de las crisis dentro de los estamentos policiales. Todos se apuntaban unos a otros amenazándose y buscando al culpable. El ejército se había puesto a disposición de la presidencia. La vocera de gobierno llamó a la calma, mientras Garmendia y los suyos caminaban de un lado a otro en la comisaria de Peñalolén. La televisión sonaba mientras el silencio reinaba. Todos mezclados y algunos menos afligidos que otros. Los carabineros se atrincheraron en las estaciones y esperaron un golpe inminente. Las conversaciones tenían un sesgo y un sabor a repetición de antaño. Algunos sacaban la cuenta y evidenciaban argumentos poco loables sobre "la restitución del orden" o del "algo deben haber estado haciendo". Era una obviedad que los humanos transformados lo hicieron y perdieron el control, convirtiéndose en enemigos de un momento a otro, pero la opinión pública apuntó a la escasa prolijidad de la policía. Algunos transeúntes arguyeron que era posible rebajar a los sujetos entre varios y ofrecer tranquilizantes. Los hombres y mujeres que yacieron en la batalla se podían domesticar. Derechos humanos lanzó un estridente mensaje, que hizo que todas las fuerzas se refugiaran en sus cuarteles. De pronto se escuchó desde una radio el famoso sonido de radio Cooperativa. Los sentidos de los oficiales se amontonaron a escuchar la decisión final de la presidencia. La voz de una mujer, con mucha tristeza y con temblorosa voz, indica que las fuerzas públicas se han levantado en armas contra la ciudadanía. Se escucha un silencio feroz en el auditorio y en cada cuartel se estremece el ambiente. Continúa explicando que, desde la dictadura, no se veía tal acto de crueldad extrema. El lamento de la presidenta por tener que decir las palabras que tanto se odian: se declara el estado de sitio. Las diversas coordinadoras sociales y el congreso en pleno han votado por la extrema decisión. El ejército dio un aviso a todos los ciudadanos para que no se alcen en armas contra carabineros, PDI o GOPE. La justicia caerá sobre quienes están escondidos en los cuarteles.

El martillo cayó sobre las espaldas de Lucas. Observó a sus compañeros con la mirada ensombrecida. Su corazón latía a mil. Cuando de pronto un ave atroz con alas enormes se impuso en el techo. El grito del oficial que hacía guardia, despertó a todos de la pesadilla; quienes salieron a mirar después del primer disparo nervioso que dio en una ventana. Garmendia observó las alas hechas de piel. Un rostro de cóndor, una nariz aguilucha, dos ojos saltones. Pegó una especie de graznido que retumbó en los oídos de todos: "Llegamos los que estábamos dormidos. Nos levantamos de sus pesadillas". Todos tuvieron la sensación de haber escuchado eso. El ave brincó sobre el guardia y rápidamente le sacó los ojos. Se elevó nuevamente y levantó piedrecilla y polvo. Sin embargo, entre los gritos del guardia, Garmendia apuntó furioso: "Muérete hijo de puta". El ave

chilló como un niño y luego cayó como un hombre. Corrió entre las balas de Garmendia y embistió con fuerza el cuerpo del detective. La policía abrió fuego, con algún temor, ya no se podían gastar balas. El sujeto era demasiado veloz. Subió hasta el techo de la comisaria y alzó las alas. La sangre que dejó era negra. Un gritó se escucha en la noche: "ZAPATA VOLVERÁ".

Lucas se recuperó del golpe y ordenó a sus fuerzas a cerrar todas las entradas. Los carabineros no obedecen la orden. No obstante, de un momento a otro aparece Gilberto Núñez. Un suboficial gordinflón con nuevas noticias. Al parecer toda la zona sur ha dejado de responder. Una especie de neblina ha contaminado las regiones del sur de Temuco. La sensación, las miradas y el grupo humano se estremeció. Un enemigo intocable, el ejército o la misma gente, atacará en cualquier momento.

Garmendia se sentó en un sillón a escupir algo de sangre. Tomó el brazo de una joven policía con ojos azabache. Le ordenó que fuera a las oficinas de la calle Marathon. Le dio una serie de indicaciones que hacían entrever su preocupación. Guillermo, un detective del mismo rango, se acercó a Lucas y le recomendó quedarse quieto. Sin embargo, la presión y el dolor se confundían con la extraña sensación de que los casos se van conectando. La joven morena y pequeña con apellido Huenuman se llevó una camioneta oscura sin logo alguno de carabineros ni de ningún otro elemento policial. Garmendia con un poco más de fuerza, se llevó un café al despacho contiguo, dejó un espacio para 7 personas e hizo un listado riguroso. El secretario designado para esta central se dedicó a llamar desde un móvil retenido, con el fin de que no rastrearan las llamadas. Una serie de experimentados detectives, incluso retirados, salieron de sus casas al momento de escuchar las palabras "Balido negro".

Cuando la camioneta llegó, descendió un grupo de viejujos soporíferos y somnolientos. A excepción de uno que se animaba a bajar. Sus ojos brillaban como los de un niño. Con su mejor pinta, escondió el estómago y se inflaron los cachetes como si estuviese orgulloso de algo. Se puso su piocha sobre la insignia de médico de la Universidad Católica. Hizo tronar sus dedos y se presentó ante Huenuman, quien miró con los ojos profundos al canoso. Titubeó su nombre después de la densa mirada: -Mi nombre: Mariano Olivares. Los demás oficiales pegaron una mirada inquisidora y otros se despojaron de sus gorros. Los ojos seniles se reconocían entre sí como viejos compañeros.
Garmendia salió a buscar sus cosas. Sin embargo, un grupo de carabineros ayudó de inmediato a Huenuman, quien bajaba con dificultad cajas y algunas pizarras. Cada uno, en silencio fue entrando junto a los oficiales que cargaban los datos. La procesión fue sencilla: Todos se sentaron alrededor de un espacio central. La preparación de una escenografía de un combate detectivesco. Sofía Huenuman se quedó colgando las fotos mientras Lucas unía los hilos. Colgaron las fotos de:

Mariela: un ser desconocido con cuerno. Micaela: muy cerca del ser. Raúl Hinojosa y Roberto Pérez: presuntos asesinos. Gabriela: con un gran signo de pregunta. Martina: la desaparecida: Qillqa y Andrés Olmedo y el supuesto artífice de todo: Melinka.

Mariano Olivares comenzó a repartir sus documentos y dijo con tono de escepticismo:

-Te concedo algunas partes ficcionales, puesto que ya vimos la brutalidad, la transformación y la extraña conducta de Mariela. Dejaré ese pequeño margen, Garmendia. Pero somos detectives serios y buscamos lo objetivo. Dentro de la carpeta, y me deben perdonar algunos presentes, tenemos documentos que hablan sobre la transformación humano-animal, cuya practica se llevó a cabo durante la dictadura. En el sur nos sirvió de maravilla, mucha gente se sintió segura al momento de ver cómo los soldados llegaban a zonas rurales a defender los predios de los "temibles" monstruos. Solo excusa para repeler y perseguir a los zurdos. El sur, el norte y el centro se llenó de extrañas aventuras con seres míticos e incluso extraterrestres. Se escondió todo vestigio de estas transformaciones, cuando cerrábamos ese proceso mal llamado dictablanda. En los archivos podrán encontrar tres pruebas que se escaparon de nuestras manos. El único caso cubierto fue en Rancagua. No sé si alguno recuerda el famoso caso del 57' del Yeti. Como una jugarreta repetimos la historia el 79'. Cuento corto: Las vacunas resguardadas en Chiloé y en Puerto Montt, fueron hurtadas. En esa fecha nos lavamos las manos, porque podíamos apuntar a los "comeguaguas" de la época. Un carraspeó hizo apurar la exposición. Que terminó con la explicación científica del compuesto químico.
Tocaron la puerta con furia. Garmendia se incorporó y preguntó qué pasaba. Su rostro se puso pálido y se encogió de hombros. Cerró lentamente la puerta y se dirigió ante su público. Dijo en voz baja que la actividad de transformaciones llega hasta los Ángeles y el ejército está cercando Chillán y Concepción. Los contertulios se pegaban miradas cómplices. Al parecer había que entregar toda la información posible, encontrar a Melinka y desbaratar la neblina.

Capítulo 2

II.- El hombre de la máscara.

En la orilla de la playa, un hombre descansaba bajo un quitasol. Con parsimonia miraba fijamente las olas. Tenía unas botas enormes y una chaqueta pasada de talla. El viento era helado y el sol se asomaba de vez en cuando entre las nubes. El respirador de su mascarilla se comenzó a acelerar, el sujeto sintió un frio intenso en la espalda. Un extraño escalofrío le profirió que su espera terminaba. De pronto una ola más grande de lo normal terminaba de súbito con las sensaciones. Las piernas del sujeto tambalearon al levantarse y se sintieron reducidas. Dubitativo, caminó y la mandíbula no paraba de estremecerse. De un momento a otro la actividad del mar quedó reducida a neutro. El respirador de la mascarilla estaba por estallar. El sujeto se vio enfrentado a un serpenteó marítimo que luego se transformó en mujer, anciana, de tez morena. Un pelo cano que llegaba hasta la espuma del mar. Con una mirada derrotó al sujeto, cuyos ojos bajaron a tierra. “Traje al tributo” dijo el hombre con una voz ahogada e intentó incorporarse. No obstante, la energía y la presencia de la abuela era mayor. El hombre sacó un radiotransmisor y envió un pitido a su aparto homólogo.

En un mirador, cerca de la playa, tres personas observaban la escena: Una serpiente gigante que se movía en el agua. Durante ese momento sintieron un miedo enorme, pensaron que el mar se les venía encima. Olas gigantes se movían con fuerza y de forma iracunda. Los ojos intactos sobre el hombre de la máscara, quien se veía pequeño a la distancia. Gabriela y Luis, algo arrepentidos, despertaron a Inka. Gaby tenía que recoger a Inka y llevarla ante aquella anciana. De un momento a otro, Luis se interpuso en el camino de Gabriela y le dijo: “Eras tú, quien tenía que ir”. Gaby se irguió, tenía más músculos que antes y su tamaño parecía multiplicarse. Luis temió por su vida, pero no se aguantó la rabia. Se sentía engañado: “Inka no era el tributo”. Al decir esto, sus ojos brillaron con un dejo de valentía. Gabriela apretó los puños y retrocedió para darle batalla. Luis sabía muy bien que no tenía cómo ganar. Se acercó a Inka y la posicionó detrás suyo. Se preguntaba una y mil veces porqué siempre hacía lo que otros le decían. Un cúmulo de insatisfacción en su autoestima se movió como un cáncer. Le dijo algo a Inka en el oído, esta corrió lo más rápido que pudo. Antes de que Gabriela pudiese correr detrás de ella, el hombre levantó las manos y se puso en el camino que las separaba. Gaby se impuso con todo su cuerpo y lanzó un golpe contra Luis. Sin embargo, esquivó con facilidad el golpe. Sintió su cuerpo liviano como una pluma, sus brazos se alargaron, su columna se estiró y creció una especie de cola. Su boca se transformó en hocico. El tamaño de Luis se acortó, el abdomen prominente y la comezón por los pelos que crecían era exasperante. Por su parte, al mirar a Gabriela, tembló de miedo. Era una especie de lobo, un siberiano, quien atestó un golpe contra la cara

transformada de Luis, dejándolo fuera de combate. Rauda, corrió detrás de la joven. Al alcanzarla, fue detenida nuevamente por el simio que se subía en su lomo. Lo mordió y lo echó a rodar playa abajo. La persecución terminó en una esquina antes de entrar a una callejuela. Luis quedó botado en una esquina, mientras veía que Gabriela, transformada en perro, se llevaba a Inka. En ese momento algo le hizo ruido: Inka se mantenía sin transformación alguna. Sumido en la vereda, da cuenta de que todo lo que ha vivido es una especie de mal sueño o mala fábula.

Una rata de un metro sesenta estaba tendida en la arena cuando Gabriela llegó al encuentro con el sujeto de la máscara o Roberto Pérez. Al ver esta escena, observó los ojos de la anciana quien mantenía la mano apuntando a Gigio. Dejó a Inka a un lado, se lanzó contra la anciana intentando atestarle un golpe, pero era solo agua. Los mordiscos no le hacían nada, la imagen se diluía por momentos. Un brazo, que saltó de las olas, fue más fuerte que Gaby. El cuerpo de un perro mojado y salado quedó tendido a 10 metros de distancia. Jadeando, trató de incorporarse. Inka, por su lado, ya corría por la orilla de la playa. De pronto, un pequeñín palpó su mano, le sonrió y desaparecieron ante los ojos de la anciana. El mar comenzó a retroceder más de la cuenta y orquestándolo iba la anciana. Mientras Pérez se lamentaba por el acuerdo fallido, caminó en busca de sus dos esbirros. Recogió a Gabriela que yacía sin fuerzas y más allá al pequeño Luis, transformado en un chango. Mientras el mar retrocedía en todas las costas, una rata arrastraba sus cruces.

Capítulo 3

III.- Las tinieblas

El color frio y gris aterró a Inka, quien por momentos intentaba reaccionar de forma rápida. De pronto se vio en una senda blanca, era como el papel y a sus lados crecían arbustos oscuros. Corrió por el sendero hasta resbalar por una especie de colina. Arriba el cielo era totalmente oscuro. De pronto se introdujo en una especie de barranco, sintió que sus pies se entremezclaban con un pegamento viscoso. Con suma desesperación saltó y se enganchó en lo que parecían hojas de papel. Rompió pedazos para salir de la viscosidad que la atrapaba. De pronto, se sumergió en uno de los arbustos de tinta. Repentinamente no podía moverse. Entre las tinieblas y con un movimiento sumamente lento, atravesó la espesa neblina que cubría su cuerpo. Sentía que este ya no respondía de manera normal, su piel comenzaba a descascararse y como una fruta madura, perdía su color natural. De pronto los versos se hicieron presentes en su piel y como un tatuaje comenzaron a pegarse. En diferentes lenguas se acoplaban versos, oraciones, frases y palabras. En todo este proceso y a una velocidad normal, un ente abrió los ojos entre la oscuridad, acercó sus largos dedos al rostro de Inka, quien era incapaz de moverse ante la presencia del ser. Sus ojos brillaban entre tanta oscuridad. Eran don perlas que se movían al vaivén de un ritmo casi imperceptible. Frotó su cara contra la de Inka. Abría la boca, pero ningún sonido escapaba. De pronto, con un leve retraso, se esparció una especie de grito aletargado y ronco. Inka comenzó a sufrir una especie de ahogo. Su razón no hallaba explicación para estar en ese lugar. La nariz del ser era prominente, con durezas raspaba el rostro de la chica. El monstruo la mantuvo con su mano izquierda durante algunos minutos. Ella solo intentaba respirar y cerrar sus ojos. La lengua del demonio comenzó a entrar por su boca. El sabor amargo y la falta de respiración provocaron que se enrojeciera, mas su color era tan tenue y su tez trigueña no permitía que el cambio se viese. De pronto, el ser se dio cuenta de la poca resistencia y refunfuñó. La dejó caer y la arrastró hasta el fondo. Pasaron por un espacio en blanco y luego a una especie de cilindro achatado. La puerta se abrió y la muchacha cerró los ojos con suma tranquilidad.

Una serie de cortinas aparecieron en el camino. Ella se incorporó mientras veía al ser devolverse por la puerta. Se cerró de golpe. Inka reaccionó e intentó abrir. Lamentablemente, la puerta era sumamente pesada. Echó un vistazo, con ganas de rendirse, al camino estrecho que faltaba por recorrer. Su caminata se transformó en un larguísimo lamento en cuanto a las decisiones que había tomado. En sus pensamientos seguía la imagen de Luis, quien con el tiempo se volvió su pareja. Recordaba cómo una anciana le acariciaba la cabeza con tristeza y explicaba las mil penurias que tendría. En su reminiscencia leía la orden de casarse con quien la sacase de ese horrible lugar. Ensimismada y con melancolía, recordaba a Luis evitando el tema mientras le enseñaba a

leer. De pronto, en sus pensamientos tuvo un extraño presentimiento. Detrás de las cortinas había alguien mirándola fijamente. Era un hombre que sonreía y jadeaba. Siguió su camino, pero este ser con apariencia de viejo maniático le recordaba a su padre inmortal. Su respiración se agitó más de la cuenta y entre las cortinas, que se hacían cada vez más pesadas, intentaba escapar. Las manos del sujeto la apresaron, la presionaron contra su cuerpo. Sentía que la manoseaban de forma reiterada, hasta que dio vuelta el rostro y lo encaró. Lo miro sin apetito sexual, rígida y desnuda entre las cortinas, no dejó de observar los ojos de su agresor quien rápidamente retrocedía. Jadeó más fuerte y erecto con grosera actitud hizo el intento de infundir terror. Mas la mujer no se inmutó y comenzó a retroceder sin dejar de mirarlo. Las cortinas se abrieron y de su boca comenzaron a salir todas las palabras que se habían tatuado en su cuerpo. Más allá comenzó a correr a gran velocidad y en la última cortina, se encontró con un pequeño escenario. Las butacas vacías. El piso de madera y una tenue luz en las orillas, permitieron que corriese por la parte central del recinto. Abrió las puertas y se encontró con un callejón. Siguió su camino tambaleándose y vomitando tinta negra.

Se sentía reumática tras los vómitos y su extraña experiencia. Recordó la micro que llegaba a la calle donde vivía Luis. Se subió y el conductor se bajó a ayudarla. "- ¿Alguna pena en el carrete?" ella permanecía parca mirando la nada. Se bajó con ayuda de otro sujeto que venía tomando su cerveza. Caminó sin muchas ganas y gritó el nombre de Luis entre las rejas de la casa. La madre de Luis salió algo preocupada, con mucha desconfianza hizo que pasara la mujer. La sentó muy cerca de la puerta. Luis bajó por la escalera y miro a aquella figura ajena. Inka no reconoció a Luis, estaba bien vestido, menos arqueado de espaldas, más esbelto, inclusive, con más elegancia de lo normal. Luis le dijo a su madre que no la conocía, pero tenía una extraña sensación, una especie de déjà vu que no podía dejar de sentir. La madre le dio un vaso de agua la mujer, mientras Luis de una forma caballerosa le tomaba la mano. Inka no sabía dónde estaba. De pronto, el televisor se encendió y en las noticias salía un presidente. Inka no entendía en qué época estaba, se preguntaba una mil veces porque había un hombre, si durante los últimos años gobernaba una mujer. La madre de Luis siguió en sus quehaceres remendando pantalones, miraba con cautela a la extraña. Después de ver el televisor y enfrentar con la vista a Luis le preguntó sobre la secta y las transformaciones. Luis no entendía nada, pero le ofreció que se fueran a su departamento. Inka se impresionó, "¿Luis con departamento?". Con un dejo de gran altruismo y confianza Luis le tomó la mano y le dijo: "No sé quien eres, pero es como si te hubiese extrañado en algún momento". En ese preciso instante la madre lo llamó a una parte de la casa. Inka, tímidamente, escuchaba y observaba de reojo. "-No seas como tu padre. Él nos abandonó por una mujer". Los ojos de Inka vibraron de terror al escuchar eso. Se dijo una y otra vez: "El padre vivía con ellos, yo lo conocí". Se subieron al auto, la madre en la reja con

actitud reprobatoria. Luis se subió y le sonrió a Inka. “Tendrás que decirme cómo escapaste de esa ficción”.

Capítulo 4

IV.- El juicio.

Martina yacía recostada en la cama de Raúl Hinojosa. Las dos mujeres transformadas en bestias se estiraban lentamente junto a Martina. El sueño había vencido a todos en aquella habitación. El sol pegó en la cara casi como si fuese un martillo. Las gatas se levantaron y corrieron al comedor a comer en el suelo. Hinojosa solo miraba desde la mesa mientras encendía la tele. Martina se levantó un poco ofuscada, se lavó la cara y se sentó junto al hombre que no pestañeaba frente a la T.V. El ejército pedía ayuda internacional. Se avisaba a todas las personas, que no estuviesen infectadas, ir a los albergues más cercanos. En Chillán había una guerra, más al norte carabineros y ejército eran embestidos por alimañas que volaban con pieles humanas. El cielo se volvió un cementerio. Las imágenes eran impactantes. Dejó el café a un lado y se dispuso a cambiar el canal, en un intento inútil de desviar la atención. Lamentablemente, para Hinojosa todos los canales estaban en la misma señal. Con una extraña mirada las dos gatas pusieron atención. El corresponsal que se encontraba en Parral entregó el micrófono. Un sujeto que Raúl conocía muy bien se acercó a escena. El doctor espiritual, Melinka. Con una vestimenta completa de negro, un abrigo que le llegaba hasta los pies lleno de plumas de cuervo. Se plantó frente a los corresponsales. Con una especie de hisopo que sale del bastón roñoso. Los periodistas y carabineros se transformaron en animales y comenzaron a destrozar todo.
"Voy por ustedes" el único dicho del doctor Melinka. La transmisión desaparece, la imagen se concentra en la sala de prensa central, las cámaras apuntan a los personeros de gobierno que se apilan unos a otros para escapar hacia la puerta.
Del departamento salen millares de personas a tomar el metro para huir al centro. Los autos no se hacen esperar y los bocinazos estremecen por todos lados. Mientras Raúl mira con nerviosismo hacia la calle, se sienten gritos hasta la plaza de Puente Alto. La Florida se oye atestada y por todos lados las personas huyen. Las alertas de tsunami se encienden en todos los canales. Martina comienza a reír con nerviosismo, Hinojosa solo la mira aterrado y sin saber qué hacer. Tronaba el cielo por los aviones que pasaban.

De pronto se sintieron golpes en todas las paredes del departamento. Un grupo de hombres y mujeres tomaron armas y fueron a eliminar a todos los que ocultaban a familiares transformados. Sabían perfectamente que en esa parte del edificio se habían visto criaturas. Martina tomó su pistola de oficial. Las gatas se erizaron e Hinojosa se enjugó las lágrimas. "¡Miserables, hijos de puta!" gritó con furia, abrió la puerta y comenzó a respirar como un animal. Desgarró algunas chaquetas con una fuerza que

lo desconcertó y empujó a la masa que lo apaleaban con palos y apuntaba con pistolas. Las bestias saltaron contra sus agresores y los hombres corrieron despavoridos. Una de las mujeres, con mucho nerviosismo, apuntó a la gata mayor en el tórax. El tiro batió al animal. Hinojosa perdió el control y con una fiereza ávida de venganza, se abalanzó sobre la mujer que sostenía el arma. Con el puño hundió la garganta de la asesina. Raúl comenzó a transformarse en un gato enorme. Se recostó sobre su mujer y lamió, con un maullido de angustia, la herida de bala. Martina tomó al cuerpo y lo arrastró a la pieza. La gata menor se echó a maullar con un triste son. Mientras Raúl, con una forma híbrida, intentaba sentarse como humano. Martina sacó implementos de todos lados para extraer la bala. Sin embargo, sabía muy bien que no tenía los recursos suficientes para evitar la muerte.

Entre la conmoción y la huida de todos los vecinos, el silencio reinó en la cuadra. Los bocinazos cesaron por momento. En el edificio se escuchaba un sisear constante. Martina no podía más del nervio escuchaba ese sonido en todos lados. El edificio comenzó a temblar. Las ventanas de pronto se rompieron por completo y aparecieron una serie de gorilas vestidos, con armaduras antiguas y de fuerzas especiales. Mariela entró el sonido entumeció las manos de Martina, quien la apuntaba entre sollozos. Mariela hizo que la mujer de Raúl volviera a la normalidad. Le extrajo la bala y selló la herida. La gata estaba debilitada y con algunos conjuros comenzó a recitar en voz baja.
Raúl la observó y abrazó la espalda de aquel espíritu.
"-Hinojosa, querido amigo, he vuelto para protegerte. La serpiente de tierra se obsesionó contigo. Extrajo mi amor por ti y mis fallidos recuerdos para enamorarte" Raúl le pedía que no hablase más, que dejara esta locura en paz. "-Escúchame amigo, la tierra ha despertado en forma de humano. Soy yo y mis miles de emociones las que enceguecen al animal. En mi cuerpo le dieron vida y el espíritu se hizo caprichoso. Sacó lo peor de mí" repitió más de tres veces esas palabras. "-Hinojosa, tienes que entender que hay tres facciones en esta guerra. Somos los humanos los culpables, pero despertaron a las serpientes menos indicadas. Se acerca nuestro peor incauto…" Hinojosa levantó la vista y pronunció a la par con Mariela: "Roberto Pérez". "- Tienes que entender que somos tres facciones. Los brujos han vuelto de nuestras pesadillas. Ahora quieren todo el reinado. Volaran e iluminaran con el aceite humano. Pérez cometió un error y confundió a las serpientes. Despertó a la más furiosa. Caerá agua salada en todas las costas y destruirá sin cesar hasta que ustedes se retiren. La serpiente de tierra no sabe que hacer con tanto sentimiento mezclado". Un ejercito de gorilas armados daban vuelta el departamento.

Capítulo 5

V.- La rabia a flor de piel.

Lucas, aburrido de tanta especulación y acusaciones, avanzó por las instalaciones invadidas por el sol de la mañana. La televisión, al fondo de los corredores, disparaba voces discordes. Huenuman se acercó a Lucas y le mostró un video de no más de 30 segundos. Los ojos del detective lanzaron llamas. Levantó la pistola y comenzó el sonido de las balas. Golpeó las ventanillas de todos los carabineros y oficiales que se encontraban atolondrados viendo la guerra en Chillan. Con extraño ahínco, una energía de convencimiento y emoción envalentonó el discurso. Se subió sobre una mesa y con más de 200 soldados a su disposición se embarcaron a la caza de Melinka. Los autos hacían retumbar el suelo. Huenuman se sentó de copiloto, se armó de valor y comenzó a gritar "¡YAYAYAYAI!". Esto desconcertó a Lucas, no obstante, sus planes y su destino estaba planificado.

El ejército ya tenía bloqueado el camino hacia Chillán. El bloqueo era enorme. Solo había pasado una hora y algo desde la partida de Lucas hasta Rancagua. Y los soldados retrocedían devastados. Las calles Ramón Freire y las principales se llenaban de militares adoloridos. Las tanquetas y los buses de carabineros se interpusieron. Los hombres que venían con Garmendia se pusieron máscaras para respirar. Cerca del estadio "El Teniente" los brujos dieron vuelta autos y buses para usar de trincheras. Los humanos transformados comenzaron a correr como lebreles y se lanzaban contra carabineros, que con escudos los repelían. Muchos de ellos a esas alturas ya habían abandonado sus labores, puesto que no iban a ser "carne de cañón" para las huestes. Los brujos reían a carcajadas y con sus gritos insultaron el honor de Carabineros. De un momento a otro, comenzaron a usar las armas. Apareció la bestialidad de la fuerza pública. Se hizo patente la rabia por tener prohibidas las armas. A quemarropa eliminaban a mujeres, hombres, ancianos, niños y niñas que se abalanzaban contra ellos. De pronto, pasó un carro con lacrimógenas. A las órdenes del detective Garmendia, quien ya había discutido con el general Miranda, cuya torpeza y poca imaginación empujó a los soldados a retroceder hasta este paraje. Los animales comenzaron a transformarse en humanos. Camiones de la PDI subieron a todos los transformados. Lucas observaba cómo los oficiales se ponían blancos tratando de recoger a los niños o niñas heridos por balas de la policía. El Doctor Mariano ofreció atención médica y desplegó todas las ambulancias formando un perímetro. La atención se centró en los heridos por carabineros, lo cual hizo explotar al capitán Ortega, quien amenazó a las unidades médicas por desobedecer no atendiendo a carabineros. Lucas mandó a encerrar al capitán y caminó hacia los brujos, junto a 50 hombres, que llevaban consigo lacrimógenas. Los brujos se empezaron a incomodar. De pronto, entre sus filas aparece una especie de toro enorme. El recuerdo era claro:

Los ojos, el bufido y el extraño calor que emanaba reprodujo un flashback en Garmendia. Un estremecimiento y el sentirse como un veinteañero. Sacó su pistola Walter y, con un grito debajo del respirador, ordenó a los oficiales que abrieran lugar. Dos filas se abrieron dejando un espacio enorme, casi un ring, para aquellos enemigos. "Nos volvemos a encontrar. Lástima que tenga que morir aquí antes de verme frente a frente al doctor Melinka". Los balazos no se hacen esperar. El animal corre en zigzag evitando todo. Garmendia no se intimida, tiene en la vista su destino y su muerta. Retrocede un poco y siente cómo las garras casi lo pillan, da un tropiezo y retrocede casi gateando. Se levanta, el monstruo se decide por el brinco y se interpone en su marcha. Lucas sonríe y suelta un pequeño fósforo. Debajo de la bestia se encontraba la trampa, un líquido inflamable esperaba para comenzar a arder. Sin embargo, la cerilla se apagó y sus esperanzas retroceden con una amargura que se llega a sentir en el ambiente. Una fulminante luz al lado izquierdo aparece. Los gritos despavoridos de sus soldados y los humanos animalizados se sienten en el ambiente. Se había acabado la contemplación. El general Miranda hizo prisioneros a Mariano Olivares y Huenuman.

El cielo vibró, luces cayeron sobre los brujos y oficiales que luchaban intensamente detrás de las trincheras de chatarra. Garmendia recibió las garras de la bestia y cayó al suelo unos metros más allá. Se levantó y tomó un fierro del suelo. Se desplazó entre los golpes del monstruo y, esquivando todos los ataques, decidió enterrar su improvisada arma en las costillas. Por el lado derecho intentó huir para recuperar fuerzas antes del segundo ataque. Sus ojos lloraban por su orgullo perdido. Buscaba con desesperación fuerzas para seguir. Dio la vuelta y recibió la embestida del toro que lo levantó entre sus cuernos encolerizados. El cuerpo del detective se movía de un lado a otro como una marioneta. Entre los escombros se hallaba el niño moreno, quien le había entregado el arma alguna vez, intentaba darle la mano, pero era imposible. Cuando el toro lo soltó, ya en el suelo, volvió a encender una cerilla. Le funcionó y el fuego siguió al animal que se empapó con el líquido. El fuego alcanzó a los dos enemigos. Los gritos de Garmendia se escucharon por doquier. En sus últimos momentos, clamó perdón por diferentes crímenes que había cometido. Los tanques hacían temblar y los aviones mataban a ambos grupos que luchaban al frente.

Capítulo 6

VI.- A media cancha

En una habitación oscura, dos sombras conversaban amenamente sobre el futuro de una obra. Fumaban cigarro y se reían de un tal escritor de fantasía. Estaban ganando terreno, sobre todo por declaraciones poco atinadas en contra el género femenino. Al fin, podrían mostrar una obra en donde la magia de un país se viese reflejada en las tablas. La muchacha un poco mareada y asqueada por volver al teatrillo por donde había salido. No sabía que su destino era volver al lugar de su parto. Luis la llevó en su carro hacía aquel teatro, que se escondía entre las calles del centro.
De un momento a otro entra Luis con Andrés Olmedo.

-¿No te parece extraño, Luchito?- Andrés preguntaba al hombre que sonreía con rostro inerte. -Ahora que estamos en esta situación, en la previa de nuestra gran presentación, me vienes con una sorpresa. Dime, dejemos de hablar sobre el escritorcillo y dime: ¿Qué sorpresa me traes?

Luis seguía mirando a la nada con una cara endemoniada. Solo sonreía, parecía drogado. Las pupilas oscuras y dilatadas. De pronto sus facciones parecían una máscara. La composición de la escena era tétrica. Tez pálida más de lo normal.
-Dime- se puso nervioso Andrés Olmedo- ¿Estás enfermo acaso? No veo el porqué de tu sonrisa enfermiza- Se alejo y buscó un vaso con vino tinto en el escritorio de la derecha. Prendió la lámpara y dio un salto por el susto. - ¿Eres acaso un maniquí? - tanteó la cara de Luis que parecía un cadáver con su sonrisa macabra.
Luis respiró hondo y tomó los hombros del dramaturgo. Se aproximó y apeó su mentón en el hombro. Hubo un silencio incómodo. Y entre dientes, con una respiración agitada, un breve quejido dijo: - ¿Adivina quién se encuentra sentada en aquel sillón? -.
Con un miedo casi respirable observó a la muchacha morena que se encontraba en el sillón.
- ¿Quién es? - volvió a mirar y pregunto nuevamente- ¿Esa guapa mujer es tu novia? ¡Mira tú! Y bien escondido que me lo tenías. Yo soy como tu padre- Dijo algo resentido y alejó al muchacho para volver a la diatriba inicial.
Los hombros del sujeto fueron presionados con más fuerza que antes. Y volvió a decir: - ¿Adivina quién se encuentra sentada en aquel sillón? -. Ya con algo de miedo, Andrés Olmedo se distanció del maniático. Se acercó a la mujer y comenzó a reír de una forma descontrolada. Una risa de nerviosismo. En sus ojos se veía una especie de terror inconmensurable. Sus manos primero y luego los brazos hasta llegar a las piernas comenzaron a vibrar. Movidos por un temblor invisible. Sus ojos y sus sonrisas se quedaron pegadas en la chica del sillón. La luz tenue de la

habitación hacía que dos sombras crecieran hacia la mujer. A Inka se le hizo casi imposible respirar. Las ganas de llorar, gritar y huir se entremezclaban con una energía incomprensible.

-Es ella- se acercó el dramaturgo y le besó las manos - Pero ¿Cómo te dimos vida? - se preguntaba una y otra vez golpeándose la cabeza con nerviosismo. Acercaron dos sillas y extendieron sus manos para tantear si ella era real o no. – ¡Es real! - se reían mientras tocaban la piel de Inka. Sus ojos giraban e intentaba entender las fronteras, las murallas y las habitaciones. Por primera vez extrañó el desierto y sus escapadas entre los cerros. De pronto, se dio cuenta que todas aquellas cosas que vivió eran parte de una ficción. Ahora todo era un mundo extraño, era una extraterrestre. ¿Dónde estuvo siempre?
-¿Quiénes son?- Preguntó de pronto, articulando las palabras con suma dificultad. Andrés contestó: -Somos tus padres o por lo menos algo por estilo-. El silencio se hizo patente y la oscuridad reinó en los ojos de Inka.

Capítulo 7

VII.- El reencuentro

Las calles vacías hacían rebotar el sonido de un auto que apresuraba su viaje entre las avenidas fantasmales. Entraba raudo por toda Vicuña Mackenna. La presión en sus ojos. Una especie de perro y un chango herido en el asiento trasero. Gigio tenía pelaje en todo su cuerpo y sudaba por completo. Solo su cara estaba semi transformada y los lentes del respirador cubrían sus ojos humanos. De pronto, se detuvo estupefacto. Se sacó los lentes y terminó por convertirse en una rata enorme. Sus pupilas se inflaron. Intentó fijar la vista, pero su nariz mutada en hocico no le permitió ver con claridad el frente. Una serpiente, un gato estilizado con cuerpo humano, una pelirroja y dos gatas echadas en el suelo lo esperaban en medio de la calle. Sus brazos se encogieron y tuvo que correr en zigzag con el fin de reconocer a los seres que lo esperaban. Gaby se bajó del auto y se interpuso entre un grupo de gorilas que venía a detener a Gigio. Con su brazo levantó a dos de los seres y los lanzó lejos, los gorilas se asustaron con el gruñido que se abalanzó contra ellos y retrocedieron. Mariela se hizo presente, los detuvo y los redujo ante el cemento. El orgullo de ambos corazones se hizo patente en las lágrimas. Ante la fuerza inconfundible de una Mariela que se transformaba en divinidad. El chango se retorcía de dolor y con extremo cuidado fue sanado por la diosa. El siseó se apreció como la voz tenue y tranquila de una joven que derramó su tristeza sobre el cuerpo de los entes que, trastornados por los cambios, intentaban entender la lucha. Los reincorporó con su hálito y les iluminó los rostros. Gigio intentaba articular palabras entre los chillidos que emitía, hasta que por voluntad de la diosa, se produjeron las palabras y los rostros volvieron a ser los mismo. Gigio observó a Mariela y le dio un abrazo. Llena de bondad la diosa le ofreció una oportunidad para redimir su error. Sus ojos se llenaron de ese orgullo conocido y detrás de su cuerpo desnudo, cruzó los dedos como un menor prometiendo algo que nunca cumplirá.

Gigio le dio la mano, en silencio a la familia de Raúl que aun se daban abrazos y caricias. Una mujer morena con ojos grandes era protegida por el brazo derecho de Hinojosa y en el otro brazo, cargaba a una niña de 13 años, quien lloraba con tristeza en el hombro de su padre. Martina solo observaba la escena y comprendía con silencio los movimientos de cada uno. Al incorporarse Gabriela, desnuda y con un físico de atleta, Raúl Hinojosa se erizó por completo. Sin embargo, entre las miradas se produjo un extraño acuerdo tácito. Dada la situación nadie podía tener rivalidad. Luis con suerte se levantó de su asiento y se mostró ante todos. En conjunto se acercaron al refugio, el departamento de Raúl. Se vistieron con la ropa de los vecinos y se sentaron para verse los rostros. Uno a uno se miraban tratando de entender porqué vivían en la misma pesadilla. La radio Cooperativa sonaba de vez en cuando, un viejo no quería abandonar

su barco. “Si debo morir informando, lo haré” decía por mientras se despedía de los auditores. Las redes sociales ardían y la gente grababa desde todos los ángulos como se acercaba el mar en distintas partes de Chile. Martina observaba con horror el escenario que se les venía encima. Los gobiernos vecinos apoyaron el rescate con diversos medios de transporte. El ejército retrocedió hasta la entrada de Santiago y muchos se habían rendido. “Los brujos comenzaron a sobrevolar las zonas precordilleranas”. La diosa solo se disponía a observar por la ventana la cordillera. “En cualquier momento veremos cómo las serpientes se encuentran en todo Chile. No hay escapatoria” dijo Mariela. Surgió entre los sujetos una especie de temor que deviene desde el interior.

La diosa comenzó a mover a todos los humanos animalizados e hizo un cerco frente al condominio. Los pasos parecían obvios, pero entre ellos no había acuerdo, ni plan, ni escapatoria alguna. Era quedarse a morir sin motivo alguno, sin orgullo, sin pelear. La pregunta de Luis motivó el diálogo: “Al cabo de todo esto, moriremos y no hay más”. El nudo en la garganta de todos vibró al unísono. La discusión comenzó y la estrategia parecía un suicidio. “Todos son parte de esto” Irrumpió Pérez. Hubo algunas miradas de rabia, que representaban el odio por su poco tacto. La diosa dio la vuelta y sugirió morir por la paz entre las serpientes. Una lluvia repentina comenzó a llenar las canaletas del edificio. Peces de todo tipo comenzaron a caer del cielo, lluvia salada para un Santiago desolado.

Capítulo 8

VIII.- Un cuerpo entre las tablas.

Luis y Andrés corrieron luego de escuchar el grito del auxiliar de aseo. Un cuerpo de carbón se deslizó solo entre los asientos del teatro. Nerviosos por lo ocurrido, llamaron de inmediato a la policía. El cabo primero respondió el llamado, en una de las habitaciones de la comisaria. Justo, en ese preciso instante, se encontraba Mariano Olivares, un policía que no podía guardar secreto alguno. Aquel carabinero, por alguna suma de dinero, vendía información clasificada a algún medio de poca monta. Al escuchar la voz preocupada del cabo, llamó a un amigo periodista que siempre busca datos curiosos en Santiago. El llamado, el timbre de un celular Moto sonó en los bolsillos del viejo que se encontraba incómodo en un vagón del metro repleto. La gente carraspeaba para que atendieran pronto, ya que era bastante fuerte y molesto el tono que por defecto tenía el móvil. A duras penas contestó y brillaron sus ojos al reconocer la voz de Mariano. "Tengo primicia: cuerpo carbonizado, pero antes ¿Cuánto?" El periodista nervioso sacó una libretita y se dispuso a buscar en el hombro de un anciano, quien lo miraba con cara de pocos amigos. Al momento de ofrecer, Mariano se despide diciendo: "Nos vemos compa. Me transfiere. Adiós Garmendia."

Garmendia se bajó a la siguiente estación y corrió por las calles buscando un taxi. Su estómago rugía de nervios y sus ojos se clavaron en el taxímetro. Dejó de preocuparse cuando se dio cuenta que el recorrido estaba acorde al precio, el avanzar de los números era normal. Bajó el vidrio para que el supuesto olor a "pino" huyera por el espacio. Cuando llegó al lugar, otros medios periodísticos estaban en el perímetro. Rápidamente se acercó a Mariano, quien estaba en una esquina colgando la cinta de protección. Lo dejó pasar y Lucas, sin perder tiempo, caminó directo por una de las puertas laterales del teatro. Recorrió el lugar con sus pupilas abiertas, alterado por un presentimiento. Observó como se llevaban al cuerpo con máximo cuidado. La gente de la PDI tomaba las pistas y buscaba algún elemento, algún arma que evidenciara el conflicto. Subieron a la camioneta el cuerpo quemado y se alejaron lentamente. Se acercó hacia el escenario, donde estática estaba Inka. Los ojos de Lucas se llenaron de lágrimas, se las secó y le preguntó a la mujer que temblaba ante su presencia: "¿Quién eres?". La interrogante hizo correr a la mujer. Andrés se interpuso en el camino del periodista y esbozó una sonrisa perniciosa. "Tú también has huido de la ficción". Con estas palabras hizo alejar a Lucas que con temor corrió por la puerta principal. Mariano lo tomó del brazo y lo arrastró fuera del perímetro.

Esa noche Garmendia no pudo dormir. Fumó toda la noche en el balcón de su mini departamento. Temblaba y reñía consigo mismo. Dudó de su profesionalismo. ¿Cómo no poder contener este sentimiento que no tiene

sentido? El poco sueño que logró contener lo desperdició en pesadillas que lo cubrían una tras otra. Él se veía en la morgue, tirado y carbonizado. La mañana del sábado fue la más extraña de su vida. Durante el desayuno una llamada que respondió la máquina contestadora. Mariano le decía inquieto y con una voz de intriga: “Según el médico forense, eres tú el cuerpo carbonizado. Te han reconocido a ti. ¿Es increíble?, ¿no?” La cara de Garmendia se descompuso hasta más no poder y las ojeras se oscurecieron más de lo normal. Se vistió y le mandó un mensaje a Mariano. Se reunieron en un café y con nerviosismo, Mariano y Lucas estuvieron mirando el espejo frente a la barra. El hielo se rompió cuando Mariano explica un extracto del reporte: “Sujeto: Lucas Garmendia. No saben la razón del porqué encontraron el cuerpo en aquel sitio. Sacaron las muestras de las gotas que quedan en el corazón y algo de la médula ósea. El forense explicó que en realidad esto es un 99,9% de acierto. ¿Tenías algún hermano gemelo?” Lucas pegó una mirada furiosa al terminar de hablar Mariano.

Capítulo 9

IX.-El último juego.

Entre las piedras de la precordillera se encontraba Melinka tomando un mate. Sentía temblar el suelo con cada choque que se producía. Los humanos animalizados y los brujos miraban con nerviosismo. Melinka abría sus ojos con terror, sabía muy bien en su interior que algo había salido mal y que los humanos no pueden hacer mucho. Las serpientes hacían mover de forma brusca, luego ondulada para finalizar con temblores pequeños. Era una guerra invisible que aterrorizaba a un país completo que huía al fin de tierras ajenas. Recordaba sus antiguos ritos, cuando comenzó a gestar esta idea de despertar a los antiguos espíritus, donde una agrupación llamada los "Cuncos" le advirtió sobre las problemáticas de meterse con los reptiles. Suspiró un momento y escuchó claramente las voces en su cabeza de las diversas agrupaciones indígenas que terminara su empresa porque no conoce el poder de los espíritus. Melinka se tomaba la cabeza, sollozaba e intentaba negar una y otra vez. De pronto los sus hijos e hijas se le acercaron y comenzaron a preguntarles con temor: "¿Qué hacemos si nos alcanza?". Recordó la cara de cada mujer que engañó con sus palabras, cada sacrificio que hizo para alimentar el altar de la serpiente dormida. Los temblores hicieron caer una especie de tumba de madera antigua. La poca osamenta cayó de bruces y se desarmó en la tierra. Los hijos lloraban de terror. "Los mapuches huyeron de las cárceles, donde injustamente fueron puestos por una justicia ajena. Me advirtieron que me dejarían solo, pero mi orgullo me ha cegado". Los brujos se estremecieron y comenzaron a reunirse en grupos para decidir que hacer. Los ojos de Melinka se nublaban por los recuerdos y los rostros de todas aquellas mujeres que mató.

Caían los peces y restos de humanos alguna vez ocultados. En la ciudad irrumpió un quejido que despertó reminiscencias. Lo evocado por las voces era de todos los tiempos, muertos sin razón alguna, detenidos desaparecidos, quizás un canto de sirena que atrajo a muchos. Gente que estaba buscando hace años a sus seres queridos comenzaron a bajar de los buses que evacuaban a todo un país. Melinka se sentía en todos lados, como un ave se posó en diversas zonas y graznaba con forma de urraca a todos los que se inquietaban por el alarido. Gente que se transportaba en aviones querían volver al momento de escuchar los alaridos de los muertos de antaño. Melinka tuvo miedo porque era el último juego de la serpiente. Sabía muy bien como atraer a los ajenos que habían explotado su cuerpo. Melinka escuchaba todos los conflictos que había tenido con las mujeres engañadas. Su hijos e hijas estaban ahí y sabían que sus quejidos eran historias conocidas. Todas fueron parte de la comunidad y estaban lejos de la civilización. Todos se quedaron quietos mientras eran salpicados por una lluvia salada. Comenzaron a caer cerca de su grupo

cuerpos cercenados. Los huesos, dentaduras de las mujeres que estaban ocultas en el sur. Los brujos y brujas, hijos de Melinka, olían como animales los restos de cadáveres. Comenzó un aullido de los hombres y mujeres transformados. Uno de los brujos sacó un cuchillo y amenazó a Melinka, quien con nerviosismo levantó tierra a su alrededor, lo cual le permitió correr entre las montañas. El grupo de Brujos determinó eliminar a Melinka. En grupo de cuatro acompañados por los humanos animalizados caminaron entre los cerros que, por efecto de los temblores, desprendían enormes peñascos. El grupo se dispersó y replegó todas sus fuerzas. Un pequeño grupo de hechiceros se quedó en una pequeña ladera a esperar a Mariela. Comenzaron a colocar frascos en diversas zonas y preparar las trampas. ¿Había que atraparla?, ¿Ella era el sacrificio? y, si no resulta, ¿qué haremos?" las preguntas se aglomeraban en la mente de los muchachos que seguían a su padre con los ojos vendados. Nunca entendieron bien los poderes que asimilaron de las escrituras que encontraron. Estaban programados como agentes para defender las espaldas del traidor. Hicieron un pequeño brindis y alzaron las copas para beber del néctar de diversas flores silvestres. Cada uno, dentro de un círculo, puso cerca del fuego diversas figuras de la serpiente del mar. Sus gritos llegaron hasta Melinka, quien sentía como diversas cáscaras de su alma protegida por sus hijos se desprendían y se hacia cada vez más viejo.

Los hechiceros buscaban con todas sus energías al último eslabón del caos. Y dieron cuenta que las pequeñas partículas de energía que brotaban del cuerpo de Melinka hacían un camino. Estaba sentenciado, pero entre sus hijos se originaba una extraña pregunta ¿Era prudente matarlo? Humillados por la traición, de la que jamás se hicieron cargo, arrinconaron al doctor que yacía entre unas piedras escondido, escuchando como las voces en todo Chile pedían volver. En el norte la gente afirmaba a unas abuelas para que no volviesen. Aquel, pese a la distancia, sollozo aterrizaba en las mejillas de Melinka. De pronto, un niño moreno apareció en una cueva y tomó a Melinka para llevarlo hasta el fondo. Los hechiceros comenzaron a lanzar diversos elementos que prendían destellos y alcanzaron a ver un extraño escenario que se desvanecía lentamente.

Capítulo 10

X.- Cae el telón

Los brujos con desesperación comenzaron a correr sin sentido aparente. Su orgánica se malogró al final del día. De pronto, sintieron el olor a canela que tantos estragos había causado. Bajaron con todo a derribar a una de las serpientes que los había traicionado. Colina abajo a la velocidad que les permitía la caída libre lanzaron aceite y otros líquidos que encendieron todo a su camino. Un incendio se produjo. Los humanos animalizados corrieron ladera arriba, mientras los brujos seguían atacando una zona en particular. De pronto una serpiente enorme saltó y derribó a unos cuantos brujos que sobrevolaban la zona. Engulló rápidamente a uno que cargaba de aceite su arma. Los gritos de horror se escuchaban en todos lados. La tierra gemía y los muertos gritaban. El maremoto se acercaba a Santiago y la tierra se desarmaba. La violencia del movimiento se empezó a sentir en todo Chile. Ahora las estructuras cedieron y los edificios se desplomaban. Incendios y destrucción en un país casi vacío. Los brujos encontraron a su enemigo y buscaron un lugar en donde planear la destrucción de la serpiente. Sin embargo, el tiempo no era su aliado. La serpiente los encontró y todos los brujos y brujas se replegaron y separaron. Los animales comenzaron a atacar sus antiguos dueños. Los principales hechiceros se sujetaron de la cabeza del animal, pero este se zambulló en la tierra a tal velocidad al punto de cercenar a sus enemigos. Un grito ahogado remeció las consciencias de todos los brujos que miraban con horror como sus hermanos mayores perdían como insectos frente al animal.
Uno de los brujos, resistió el embiste, planeó sobre la ciudad. Los movimientos telúricos lo hacían perder perspectiva. Entre las calles y los escombros que se movían, planeaba a una velocidad media. Detrás de este hechicero, se movía una serpiente gigante debajo de la tierra. La pérdida de sus dos piernas lo hizo trastabillar, pero seguía su curso esquivando a la culebra, que aparecía detrás de cada escombro. El olor a canela era cada vez más fuerte. Podía ver como un grupo de ser humanos se movía por las calles vacías de la Florida. Cuando estuvo cerca del grupo nómade rodó por el suelo rendido y dio un grito de dolor:- ¡Mariela!

La diosa se movió con cautela entre los escombros. Su movimiento era errático, su caminar era azaroso, a esas alturas no se podía estar quieto. Los cimientos de los edificios ya no soportaban el movimiento brusco de la tierra. Entre los sedimentos apareció como una luz. Mariela corrió al auxilio del ser que estaba en el piso. No obstante, sus ojos fueron testigos de la crueldad de la serpiente que tragó al ser. Los ojos del brujo se llenaron de lágrimas cubriendo la última imagen de su existencia. Gabriela, que caminaba cerca del suceso, se estremeció, pero no se detuvo y arremetió contra el animal. Lo abrazó con tal fuerza que hizo que se moviese para todos lados. Martina tomó su arma y disparó a los ojos

del animal, pero era casi imposible darle. La lucha era por la sobrevivencia, nadie meditó ni planteó una estrategia. Con la fuerza animal se abalanzaron para arrimarse a la serpiente. Luis con mucho temor se subió a parte del cuerpo del largo animal e intentó cortarlo. Los gorilas hicieron avanzaron en posición punta para clavar lanzas improvisadas. Gaby estaba malherida y no soportaba los choques con los escombros. Luis sollozaba mientras le daba golpes al cuerpo de la serpiente. Raúl Hinojosa tomaba el valor para entrar en batalla, pero antes el sonido de dos balas hizo retumbar sus oídos. Sus ojos solo vieron a Gigio matar a su hija y esposa. La pistola apuntaba hacia su cabeza. En un solo segundo Raúl movió su cuerpo hacia atrás, esquivando la bala y se lanzó contra el enemigo más cruento que había encontrado. Golpeó varias veces en la cabeza a Gigio cuando alcanzó su cuerpo. Era un enajenado golpeando un muñeco. Gigio se reincorporó, luego de sacárselo de encima. Buscó el arma, pero Raúl se subió en la espalda de Roberto. Los dos hacían fuerza para alcanzar el arma. Detrás de ellos una confundida Mariela, que miraba a quién rescatar. De pronto, cae Gabriela muerta, los gorilas se desmayaban por los mordiscos mortíferos de la gran culebra. Luis y Martina corrían detrás de un niño pequeño. Mariela se decidió y enfrentó a Gigio, quien con una fuerza sobrenatural golpeó a Hinojosa, afirmo la cacha del arma y disparó. Pero sus ojos, al ver la sangre de su enemigo en suelo, se despejaron. Mariela se dio cuenta que no era él. Gigio corrió con fuerzas, como una rata, persiguiendo una extraña esperanza. La diosa se acercó a Raúl, quien dejó su cuerpo, sus sesos y cara esparramada en la tierra.

Mariela derramaba las lágrimas en una triste escena de apología. Recordó los momentos que tuvo con Hinojosa, su amor no correspondido. Una presencia que se acercaba se detuvo de pronto al ver como Mariela se transformaba en polvo. En un choque, sin razonamiento alguno, el terreno subió. La serpiente de agua empujaba con fuerza aquel muro de tierra que subía. Mariela y la serpiente se volvieron a unir.

Los supervivientes se metían en un edificio. Más atrás con cara de trastornado acechaba Gigio, que se decía en susurros: “Yo no fui”. Luis siguió sin más al pequeño moreno, quien movió una cocina y se adentró a un agujero oscuro. Acto seguido se introdujo Martina y, por último, Gigio. El niño desapareció sonriendo y la oscuridad hizo que Luis nadara entremedio de un extraño vacío. Su sensación era como estar en el espacio. Martina, en cambio, cruzó de inmediato a un pasillo largo, donde colgaban diversas telas. Se arrimó a su pistola con un miedo profundo ante el desconocido mundo que la seguía. Gigio logró entrar al mismo pasillo que Martina, pero la veía con poca precisión. Las balas perdidas de Gigio se estamparon en los rincones del callejón. En un lugar protegido por unos muros, Martina se quedó esperando a su persecutor. Su respiración se oía lenta y extraña. Entre las cortinas un hombre delgado y triste vagaba sin rumbo. Gigio dijo en voz alta: “Yo te maté” y sonaron disparos que elevaron las cortinas. Martina al escuchar esto se aproximó a

la puerta, pero antes se topó con un entintado Luis. Los dos se desesperaron, no se conocían bien y tampoco lograron comunicarse. Miraron al fondo del pasillo y divisaron una puerta donde se escuchaban voces en un diálogo exagerado. Gigio luchaba contra las sombras. Raúl se aparecía en diversos lugares. Los gritos de Roberto resonaban en cada rincón. De pronto dio contra una luminaria y toda la luz se hizo intermitente. Era como un abrir y cerrar de ojos. Martina trastabilló y cayó de una manera estrepitosa. Luis fue empujado por el agua que se filtraba por la entrada. La tinta y el agua de mar con escombros destruía el pasillo. Gigio sentía la presencia de Catman en su espalda. Su mente perdió la noción y fue arrastrado hacia la salida. Luis pasó directo a un pequeño agujero. El agua tórrida y llena de sedimentos lo empezó a ahogar. De pronto vio la luz y punta codo trataba de llegar. Tocó un borde y las voces se callaron al unísono, se produjo un eco de admiración. Alguien le tomó la mano, pero al fondo también tomaban su pie. El rostro de Gigio sangrante maldecía una y otra vez el nombre de Raúl. De pronto una cabeza pelirroja se asomó y se despidió de Luis. Con mucha fuerza arrancó la mano de Roberto y los dos desaparecieron en la oscuridad. Luis fue extraído y el telón bajó. Los hombres y mujeres, que ahí se encontraban disfrazados se sorprendieron, había un tipo vestido de la misma forma que él. Una de las actrices se acercó y se dio cuenta del parentesco con el director de la obra. Inka, que estaba en una butaca entre el director y el dramaturgo, corrió y abrió parte del telón para lanzarse a llorar al lado del cuerpo. Luis se preguntaba una y otra vez: ¿Dónde estoy?

Capítulo 11

XI.- Los tres aplausos

Luis y Andrés, director y dramaturgo, llamaron a la calma y retiraron a todos del teatro. Los actores y actrices estaban preocupados por la pareja. Un alma solitaria no abandonó el teatro y se quedó fumando un cigarro, en el último asiento del teatro.
Los dos sujetos comenzaron a reír por lo nervios y abrieron el telón para que se proyectará la luz principal. Vieron la cara de Luis e Inka que protegía el cuerpo. "Tendremos que hacer algo con estos cuerpos" dijo de pronto Luis. Entre miradas hablaron en clave, se revelaron secretos. "Es tú copia exacta, no me vaya a confundir" dijo Andrés. La perspectiva de Inka era distinta, sus agresores eran encorvados y solo se veía parte de su rostro, puesto que la luz proyectaba a sus espaldas, dando un aire tétrico a la situación. Un vozarrón se escuchó al fondo. El hombre se levantó y apuntó con su arma a los sujetos. Temblorosa y errática caminata hasta llegar al lugar donde se proyectaba la luz. Era Garmendia, quien amenazaba sin saber siquiera disparar un arma. Sus únicos disparos siempre fueron con el flash. Los hombres levantaron las manos e Inka aprovechó de huir hacia el agujero para volver a su realidad. Luis le tomó la mano y le explicó con señas que no existía aquel lugar.
En ese mismo instante los dos sujetos, Luis y Andrés, discutían y se decían una y otra vez, entre risas: "Esto no estaba escrito". Un gritó con enfado de Garmendia detuvo aquella diatriba: "¿Qué mierda está pasando? ¿Quién era ese cuerpo? ¿Quiénes son?". La risa de los sujetos se empezó a repetir y el nerviosismo que expresaban era irritante. Inka y Luis corrieron por las calles del centro de Santiago, antes de salir escucharon unos balazos. Cuando ya estaban lejos encontraron una banca donde poder descansar, cerca de ahí una mujer paseaba a su perro Terrier. Gritó su nombre "Watson" y se acercó a la pareja. Observó con atención al dúo y se acercó con algo de pudor. Se sintió incomoda. La mujer era pelirroja, sus pecas se asomaron a la luz de los focos de la noche. Con algo de inquietud y una extraña sensación, que resaltó con lágrimas en sus ojos, les dijo: "Yo a ustedes los he visto antes, pero parece que en otra vida".